

DOMINGO DE PENTECOSTES

Dejemos que el corazón y la razón se unan para poder festejar y celebrar debidamente esta gran Fiesta. Es cierto que el corazón tiene intenciones, que sobrepasan toda deducción conceptual; pero quizá nos cansamos en nuestro deseo de alabar y de agradecer al Señor sus maravillas, porque no llegamos a darnos cuenta qué es lo que celebramos.

No estamos equivocados, cuando afirmamos que con la Fiesta de Pentecostés nos puede suceder esto.

Deseo desarrollar con cierta amplitud lo que deberíamos entender, cuando una y otra vez nos alegramos, nos llenamos de gozo ante el hecho de Pentecostés.

Literalmente Pentecostés significa día quincuagésimo después de Pascua; viene de la palabra griega: *Pentekostos*.

Es necesario saber los antecedentes judíos de la Fiesta de Pentecostés, pues así podremos caminar con rectitud. Es también llamada en el Antiguo Testamento la solemnidad de las semanas. Era la fiesta de acción de gracias por la siega; después fue adquiriendo otros significados: la conmemoración de la promulgación de la Ley de Dios en el monte Sinaí. Creo que con esto nos es suficiente para lo que después queremos exponer.

Ahora nos preguntamos qué celebramos litúrgicamente con esta Fiesta. Ya adelanto un poco: no es una Fiesta del Espíritu Santo, sino la conclusión de la cincuentena Pascual. Tampoco la Pneumatología de los Hechos de los Apóstoles es total, ni abarca todas las facetas del Espíritu Santo.

El leccionario llama al día de Pentecostés: “*Octavo domingo de Pascua*”. Las Oraciones de la Misa y el Prefacio son nuevos. Tanto en las oraciones como en el Prefacio se acentúa más la unión entre la Resurrección y el envío del Espíritu Santo.

Desde muy temprano Pentecostés significó un período de cincuenta días y no ya una fiesta particular. Ya los antiguos llamaban las “siete semanas del Santo Pentecostés” (San Basilio). Pentecostés será llamado “*Pascha roseum*” o “*Pascua granada*”. Santa Teresa designará este día como la *Pascua del Espíritu Santo*.

Es muy conveniente que no olvidemos, sino que lo expresemos claramente qué significado teológico tiene la narración de Lucas sobre el acontecimiento de Pentecostés.

La Efusión del Espíritu Santo señala el cumplimiento de la promesa del Resucitado (Hechos 1,8) y capacita a los discípulos para llevar a cabo su misión. Aquí empieza la Iglesia como el grupo de los discípulos de Jesús designados por el Espíritu.

Hay buenas razones en contra de la opinión de que la comunidad de Jerusalén hubiese visto en estas manifestaciones (narradas en el capítulo segundo de los Hechos) la expresión ideal de la venida del Espíritu.

El judaísmo siempre se mantuvo distante con respecto a los fenómenos *extáticos* que aparecen en el Antiguo Testamento. En el mundo helénico la situación era diversa. En las comunidades cristianas implantadas en territorio helenístico, hablar en lenguas se consideraba como signo de alta perfección religiosa, o como lenguaje de ángeles en labios humanos. El texto siguiente de Pablo nos da luz para entender mejor lo que estamos exponiendo:” *Si hablare las lenguas de los hombres y*

de los ángeles, mas no tuviere caridad, no soy sino un bronce resonante o un címbalo estruendoso” (1 Cor 13,1).

Anticipamos el comentario a la lectura primera, que es del capítulo segundo del libro de los Hechos. “*Les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios*”. El protagonista es naturalmente el Espíritu de Dios que ha de entenderse como la fuerza y presencia activa del Señor que obra la salvación de los hombres

El Evangelio de la Misa ahora está tomado del capítulo 20,19-23 de San Juan (llamado con acierto el Pentecostés joánico) La Liturgia quiere ser fiel a la Biblia, por esto mismo propone este texto evangélico, pues completa la presentación de la venida del Espíritu Santo propuesta por San Lucas en el libro de los Hechos.

Solamente San Lucas nos dice que a los cuarenta días después de haber resucitado Jesús ascendió al cielo; igualmente solo él nos dirá en este mismo libro de los Hechos que el Espíritu Santo se posó sobre los discípulos el día de Pentecostés, es decir a los cincuenta días de la Pascua.

Es importante intentar encontrar una explicación. Es notorio que el autor del tercer evangelio y del libro de los Hechos ha complicado la unidad original de la experiencia pascual: *resurrección, ascensión, efusión del Espíritu Santo*. Presenta al Espíritu Santo únicamente como la energía divina comunicada a los testigos de Cristo... con vistas a la tarea que deben realizar. Se pasa por alto aquí el aspecto que Juan, Mateo y Pablo expresarán: el creyente que se ha unido al Resucitado, vive en adelante por su Espíritu. Se dan dos Pneumatologías, no excluyentes, sino complementarias: la lucana y la joánica. Después diremos algo más acerca de esto.

Se me ocurre pensar lo siguiente: Lucas, como autor del libro de los Hechos, el libro de la Iglesia, necesita acentuar puntualmente dos acontecimientos del Cristo Resucitado: su Ascensión a los cuarenta días y la venida del Espíritu, a los cincuenta días. Lucas quiere apoyar el fundamento de la Iglesia en dos reales, que han tenido lugar en dos fechas concretas.

Lo que sucedió en la vida del Jesús histórico debe suceder, aunque de otro modo, en la vida de la Iglesia (cuerpo místico de Cristo); de aquí que el don del Espíritu en Pentecostés tiene para la etapa de la Iglesia, que ahora comienza un estrecho paralelismo con la relevancia que el don del Espíritu tiene en el bautismo de Jesús (Lc 3,21 s) y el discurso de Pedro en el día de Pentecostés con el siguiente discurso programático de Jesús en Nazaret (Lc 4, 16-21).

¿Qué pretende enseñarnos san Lucas con el acontecimiento de Pentecostés narrado tan plásticamente en el libro de los Hechos?.

Lucas no quiso, ni pudo, darnos una exacta reproducción fotográfica de un acontecimiento único y ya lejano en el tiempo. Si leemos despacio el texto del capítulo segundo, veremos ciertas incongruencias. El mismo encuadramiento espacial, donde tuvo lugar este acontecimiento, es bastante confuso. En el v.2 se menciona una casa: “...resonó en toda la casa donde se encontraban”. Pero resulta que en el v. 5 se habla de una multitud, como testigo presencial de aquellos fenómenos extraordinarios.

Algunos al querer explicar estas ciertas contradicciones, dicen que lo más probable es que Lucas haya usado una tradición ya suficientemente desarrollada y que tuvo que respetar.

Pocas dudas existen actualmente de que este relato es una construcción artificial, creada por Lucas con una clara intención teológica.

El autor de los Hechos pretende describir el acontecimiento más importante después de la partida de Jesús: *la venida del Espíritu Santo*. Se halla, por tanto, ante una empresa tan arriesgada que parece destinada inevitablemente al fracaso. ¿Cómo puede describirse la venida del Espíritu Santo?. Todos los autores del Nuevo Testamento cuentan con la realidad de su presencia y parten siempre de ella, pero ninguno se atrevió a describirla. El cuarto evangelio habla de la promesa del Espíritu y de su realidad presente ya el mismo día de la resurrección (Jn 20,22). La primera comunidad cristiana no tuvo el menor interés sobre cuándo y el cómo de la venida del Espíritu. Le bastaba saber que, después de la resurrección de Jesús, el Espíritu vivía y animaba la Iglesia y a los creyentes en particular.

Pentecostés, presenta la pneumatología de San Lucas, diversa a las pneumatologías de los otros evangelistas y de San Pablo. “*Todos los discípulos estaban juntos el día de Pentecostés... Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería ... y cada uno les oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua*” (Libro de los Hechos). Nos haría falta analizar el texto del discurso de Pedro en este día de Pentecostés para poder captar la peculiaridad de la pneumatología de Lucas.

“*Hablar en diferentes lenguas*”. Posee una gran variedad de matices. En la tradición anterior a Lucas quería decir, hablar lenguas extranjeras. Con Lucas la expresión “hablar en diferentes lenguas”, se trata de una nueva manera de expresarse, de una glosolalia provocada por el Espíritu y comprensible para los oyentes, por virtud del mismo Espíritu.

La glosolalia (= hablar en lenguas) es una de las manifestaciones más típicas del éxtasis religioso. Lucas no cree que la glosolalia sea un lenguaje intrínsecamente ininteligible y que, por tanto, necesite una explicación complementaria, sino que es el lenguaje universal de la alabanza y de la oración.

La Pneumatología lucana acentúa la universalidad de la salvación, obra del Espíritu. Su Pneumatología es misionera, hacia la comunidad. Los Hechos de los Apóstoles es la narración del comienzo de la Iglesia, cuyo fundamento fundante es el Espíritu Santo.

El Estribillo del Salmo responsorial nos ayuda a comprender la concepción de Lucas acerca del Espíritu Santo: “*Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra*”.

El texto de la segunda lectura (1 Cor 12,3-7.12-13) “*Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu... En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común... Todos nosotros ... hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu*”, es luminoso para entender con más exactitud lo que nos quiere decir Lucas acerca del protagonismo del Espíritu como animador de la comunidad.

San Pablo desarrollará en los capítulos 12-14 de esta carta, primera a los Corintios, el tema de los carismas.

Las primeras comunidades cristianas debieron estar particularmente acompañadas por esta acción especial del Espíritu. Una comunidad llena de carismas es un regalo del Señor; pero no debemos olvidar que al mismo tiempo los carismas llevaban aparejado un peligro de individualismo y división en el seno de la misma comunidad. En Corintio debieron sobrevalorarse exageradamente las experiencias carismáticas, especialmente algunas de ellas.

La prueba de unos dones auténticamente carismáticos radica en la conformidad de éstos con la fe. Nadie puede confesar la divinidad y la soberanía de Jesús si no está iluminado e inspirado por el Espíritu Santo.

La Liturgia actual, renovada por el Concilio Vaticano II, ha querido completar la visión del Espíritu Santo, derivada del acontecimiento de Pentecostés. Ha introducido textos nuevos eucológicos y como evangelio se lee el capítulo 20 de San Juan: (el Pentecostés Joaneo).

“ Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana... estaban los discípulos en una casa... En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros ... como el Padre me ha enviado , así también os envié yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo...” (Juan 20, 19-23)

¿ Se puede entender este pasaje como el “Pentecostés joánico”? La expresión es molesta, porque está tomada del acontecimiento singular y sorprendente descrito en Actos 2 en estilo dramático. La donación del Espíritu que conoce todo el cristianismo primitivo, el “Pentecostés lucano” no podía contar como norma sino como excepción; es decir, cual manifestación peculiar del Espíritu que contribuye al alumbramiento de la comunidad, madre de Jerusalén. Si por “Pentecostés joánico” se entiende la donación definitiva del Espíritu a todos los creyentes, en contraste con la dotación espiritual de los apóstoles, que es sólo transitoria o específica, se podrá y deberá adoptar esa expresión.

Dicho esto, sopló (enephythese) sobre ellos y dijo: “ Recibid el Espíritu Santo”. El gesto de Jesús reproduce el gesto primordial de la creación del hombre: “ *Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló (enephythese) en su nariz un hálito de vida , y el hombre se convirtió en un ser viviente*” (Génesis 2,7)

San Juan presenta al Espíritu como el santificador, como el que renueva el interior de la persona y de la comunidad. El Espíritu de Juan es el Espíritu de una iglesia contemplativa, que se estudia, que vive hacia dentro.

La presentación que hace San Pablo del Espíritu en la carta a los Romanos nos ayuda a comprender más la visión de la pneumatología de San Juan .

Al llegar al final de la Cincuentena Pascual, queremos darle gracias al Señor, celebrando el día quincuagésimo como la Liturgia nos propone y enseña:

“ Derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica” (Oración Colecta). Esta oración conecta más con la pneumatología lucana.

“ El Espíritu Santo nos haga comprender la realidad misteriosa de este sacrificio y nos lleve al conocimiento pleno de toda la verdad revelada” (Oración de Ofrendas)

Dimensión contemplativa, orante del Espíritu, más sintonía con el Pentecostés de Juan.

Ahora ya podemos dejarle al corazón que exulte, que cante, que celebre, que festeje; no se cansará, pues sabe lo que hace y por qué lo hace.

